

EL PEDAGOGO DE CLEMENTE ALEJANDRINO EN LA COLECCION «FUENTES PATRISTICAS»¹

Nota crítica

JOSE M.^a HERNANDEZ MARTINEZ

Facultad de Teología de Granada

La publicación de textos patrísticos en castellano se halla todavía muy retrasada en comparación con otros países de nuestro entorno europeo (Francia, Italia, Alemania), que vienen dedicando a ella un amplio y sostenido esfuerzo editorial. Por ello, es más de agradecer que, al meritorio servicio que ha venido prestando, sobre todo, la Biblioteca de Autores Cristianos de la Editorial Católica, se haya sumado decididamente la Editorial Ciudad Nueva con varias colecciones de textos y estudios patrísticos, que abarcan desde el ámbito divulgativo hasta el de la estricta investigación científica.

Dentro de esta variada oferta editorial ocupa un lugar destacado la colección *Fuentes Patrísticas*, proporcionando al lector especializado una selección de obras de los Padres de la Iglesia en edición bilingüe, con amplias introducciones, aparato crítico, abundantes notas explicativas y diversos índices (bíblico, patrístico, temático y de autores). Siguiendo un orden cronológico, los primeros tomos de esta colección han estado dedicados a los padres apostólicos y otros escritores cristianos, generalmente bien conocidos, de los siglos I y II. El tomo que ahora presentamos supone un avance en el tiempo y —es justo decirlo— también en la magnitud de la empresa. En efecto, escrita a caballo entre los siglos II y III, la obra de Clemente Alejandrino resulta escasamente conocida para el lector medio y plantea múltiples dificultades para los propios especialistas. Estas dificultades, de orden sobre todo lingüístico, pero también histórico y teológico, pueden explicar el que la mayor parte de los escritos del Alejandrino, a pesar de sus múltiples alicientes, no hayan encontrado hasta aho-

¹ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *El pedagogo*. Introducción, traducción y notas de Marcelo Merino y Emilio Redondo. Colección «Fuentes Patrísticas», 5. Editorial Ciudad Nueva, Madrid 1994, 15,5 x 23,5 cm; 746 pp.

ra una traducción al castellano. Vaya por delante, pues, nuestro reconocimiento a Marcelo Merino y Emilio Redondo por haber afrontado este reto y, sobre todo, por haberlo superado con creces, ofreciéndonos esta magnífica edición del *Pedagogo*.

Entrando ya en los detalles de la obra, tras la obligada lista de siglas y abreviaturas, la *introducción* nos presenta la figura de Clemente de Alejandría (biografía, personalidad, circunstancia histórica) y el significado global de su obra, verdaderamente pionera en el diálogo de la fe cristiana con la cultura griega. Como es obvio, se expone con mayor detalle el contenido y la intención del *Pedagogo*, pero no falta una breve descripción de las restantes obras del Alejandrino: el *Protréptico* o exhortación a los griegos, los *Strómata* o misceláneas, las *Hypotyposesis* o esquemas —perdidos—, el tratado sobre *Qué rico se salva*, los *Extractos de Teodoto*, las *Eglogas Proféticas*... Esta apretada síntesis, escrita con estilo vivaz y preciso, concluye con una referencia a los principales manuscritos y ediciones impresas que han transmitido el texto del *Pedagogo*, y con la presentación de las características de esta nueva edición.

Como apunte crítico, dejando a un lado algunas expresiones que pueden resultar un tanto anacrónicas o demasiado expeditivas, habría que matizar las apreciaciones sobre el origen del cristianismo en Alejandría y su relación con otras Iglesias locales². Por otra parte, la información sobre el contenido de las obras de Clemente, dentro de su obligada brevedad, nos ha parecido un tanto imprecisa: v. gr., en relación con la estructura del *Protréptico*, la idea central del *Quis Dives Salvetur*, el contenido «heterodoxo» de las *Eglogas Proféticas* o la supuesta carta de Clemente descubierta (?) por M. Smith³. Como detalle menor, en la descripción de los manuscritos echamos de menos la datación del Laurentianus (s. XII)⁴.

A las 32 páginas de la *introducción* siguen 21 páginas, de bibliografía, distribuida en varias secciones y subapartados: *Fuentes* (ediciones del texto griego y traducciones), *Obras de carácter general* (cultura pagana y doctrina cristiana), *Trabajos sobre Clemente de Alejandría* (monografías y artículos) y, finalmente, *Subsidios*. Sin ser exhaustivo⁵, este volumen de información bibliográfica es muy valioso y constituye una buena muestra de la seriedad con que han trabajado sus autores. Una seriedad que no queda empañada por las erratas que se han colado en la transcripción de algunos hombres o títulos extranjeros⁶.

Siguiendo la *composición* habitual en la colección *Fuentes Patristicas*, en las páginas pares del libro se presenta el texto griego seguido del aparato crítico con las variantes textuales y —en medio— otro aparato de fuentes o lugares paralelos, mientras que en las impares va la traducción castellana seguida de las notas⁷. Esta compleja disposición tiene el inconveniente de obligar a realizar continuos saltos de

² Puede verse a este respecto la reciente tesis de J. J. Fernández Sangrador sobre *Los orígenes de la comunidad cristiana de Alejandría*, Salamanca 1994.

³ En la cuestión disputada de si Clemente planeó escribir una trilogía —de la que *Pedagogo* sería la segunda parte— los autores se abstienen de tomar postura, remitiendo a la abundante bibliografía sobre el tema (cf. pp. 24-26; en la nota 109 de p. 655, sin embargo, parecen darla por supuesta).

⁴ En el marco de la introducción habría sido más oportuna la información contenida en la nota 3 del p. 185 sobre las funciones del *pedagogo* en el mundo griego (cf. nota 57 de p. 28).

⁵ Podrían haberse incluido, por ejemplo, otros estudios de Builes, Fascher, Gahbauer, Méhat, Messana, Wagner y Wyrwa.

⁶ Véanse, por ejemplo, las entradas relativas a Hort-Mayor, Adam (= Hoffmann, para Fests. Adam), Andresen (y su Fests.), Daniélou, Dölger, Donahue, Hermaniuk, Knauber, Riedinger, Ritter... Hay también algunos títulos repetidos (Müller, Camelot) o desplazados (Mondésert-Plassart, Camelot).

⁷ Por un fallo de composición, las pp. 502 y 503 se hallan invertidas.

lectura, además de que deja numerosos espacios en blanco en las páginas pares. Por otra parte, el dedicar una sección del aparato crítico a las posibles fuentes y paralelos parece innecesario desde el momento en que esas mismas referencias suelen repetirse nuevamente en las notas, con la ventaja ahora de que la colocación del número de nota permite una referencia más precisa que la simple numeración marginal de líneas. Por todo ello, nos parece que sería preferible omitir esas inútiles —e incluso molestas— repeticiones y aumentar el espacio para las notas en las páginas pares, con la consiguiente reducción en el volumen y costo final de la obra.

En la disposición del *texto griego* se sigue la numeración de párrafos establecida por O. Stählin en su edición crítica para la colección *Die Griechischen Christlichen Schriftsteller der ersten Jahrhunderte* (= GCS), indicando además la paginación de las otras dos ediciones más prestigiosas y difundidas: la de J. Potter, recogida por el abad Migne en su *Patrología Griega* (= PG), y la de H. I. Marrou y colaboradores en la colección *Sources Chrétiennes* (= SCh). Muchos lectores que no disponen de esas obras de referencia agradecerán este esfuerzo informativo, que facilitará también el trabajo de consulta y comparación de los especialistas. Por lo demás, la transcripción del griego es notablemente pulcra y precisa, siguiendo las pautas marcadas por la edición crítica de Stählin y otros estudios posteriores.

Las anotaciones de *crítica textual* mencionan sólo los editores, no los manuscritos. Aunque esta opción tiene su interés, nos parece que, cuando el texto adoptado es diferente, habría sido preferible indicar la lectura original de los manuscritos principales (P y M). Por lo demás, es muy de agradecer que se indiquen también las variantes con respecto al texto bíblico de los LXX (ed. Rahlfs) y del NT (ed. Aland).

En cuanto a la *traducción*, los autores han sorteado airoosamente las numerosas dificultades que presentan el lenguaje clementino, lleno de alusiones y préstamos verbales, pródigo en imágenes y tecnicismos, prolijo y abigarrado a veces, lacónico y hasta deliberadamente oscuro en otras. Como advierten en la *introducción* (pp. 40 ss.), en la realización de su trabajo han cotejado otras traducciones modernas. Esta acción comparativa, habitualmente iluminadora, puede haber provocado la adopción de algunas expresiones menos afortunadas o claramente erróneas⁸. Por lo demás, a veces se echa de menos una mayor coherencia en la traducción de términos importantes⁹, o en la selección de equivalencias para los abundantes sinónimos que maneja nuestro autor¹⁰. Conviene, sin embargo, advertir que estos pequeños defectos resultan casi

⁸ Así, el influjo de la versión italiana de UTET podría explicar la traducción de *συζυγία* —«pareja»— por «copia» (p. 75), o de *ἔχουμεν* —«tenemos»— por «tenemos» (p. 635), o de *δυνάμειν* —«poderes»— por «nombres» (p. 223). En p. 585, nota 11, se remite a esta versión sin advertir que su interpretación es defectuosa (cf. GCS I,338). En Ped I,54,3 (p. 187) la traducción parece inspirada —no muy afortunadamente— en la versión francesa (SCh).

⁹ Es el caso del término *γνώσις*, que en cuestión de pocas líneas se traduce alternativamente como «conocimiento», «ciencia» y «gnosis» (pp. 75 ss.); o de *ἀλήθεια*, traducido por «verdad» y por «sencillez» (pp. 283 ss.). Notemos de paso la transposición operada en la frase inicial del libro: «fundamento de sólida gnosis», en vez de «fundamento sólido de gnosis» (p. 69).

¹⁰ El caso más llamativo se da en el capítulo IX del primer libro del Pedagogo (pp. 227 ss.), donde Clemente utiliza hasta doce sinónimos distintos para expresar las formas de corrección empleadas por el Logos-Pedagogo; en la traducción castellana se manejan otros tantos sinónimos, pero sin guardar una correspondencia precisa y constante. Tampoco serían intercambiables *κάλλος* —«belleza»— y *καλός* —«bello»— (pp. 505 ss.); o *αἰδῆμον* —«pudor»—, *ἀτυφία* —«humildad»— y *σωφροσύνη* —«castidad»—, traducidos indistintamente por «modestia» (pp. 556, 585 y 609, respectivamente). Por otra parte, es dudoso que *κωλυτέα* (p. 619) y *ἀπειρήσθων* (p. 623) tengan el sentido fuerte de «prohibir» (parece mejor el de «evitar»).

inevitables en una obra de tal envergadura y no hacen más que evidenciar el acierto con que se ha procedido en la inmensa mayoría de los casos.

Después de la traducción, nos parece que la mayor aportación de esta obra reside en la multitud de *notas* (más de 2.500 en total), que condensan o remiten a una multitud de estudios especializados. En este sentido, el libro constituye una verdadera mina de información y de sugerencias para potenciales investigadores. Dicho esto, nos parece que su utilidad sería aún mayor si esta información no se hallara excesivamente diseminada. El lector tiene que espigar laboriosamente una página tras otra para recopilar toda la información sobre un mismo tema¹¹. A nuestro modo de ver, sería preferible reunir y ordenar toda esa información fragmentaria en una sola nota, remitiendo a ella luego en los demás casos. O, como alternativa, incluir todos los conceptos o motivos argumentales que aparecen con alguna frecuencia en el correspondiente índice temático.

En cuanto al contenido concreto de las notas, es obvio que, cuando tratan cuestiones discutidas, el lector puede plantear algunos interrogantes o discrepancias. Así, en relación con la antropología clementina, los autores cuestionan la división tricotómica del alma proponiendo como alternativa una *trinomía*, es decir, que en vez de tres partes del alma (intelectual, irascible y concupiscible), Clemente distinguiría tres clases de almas (cf. nota 7 de p. 503 y nota 3 de p. 591). A nuestro modo de ver, sin embargo, ni los textos de Alejandrino ni los estudios más especializados permiten sustentar esta opinión¹². Igualmente, habría otras afirmaciones puntuales que nos parecen cuestionables¹³. Pero no es posible hacer aquí un elenco exhaustivo.

Los *índices generales* al final de la obra multiplican su utilidad para muchos de los potenciales lectores que no pueden acceder a los índices más completos de la edición crítica. Hay, con todo, algunas deficiencias que podrían subsanarse fácilmente. El *índice bíblico* de los libros veterotestamentarios se ha hecho de acuerdo con nuestro canon actual, que no es el empleado por Clemente; quizá sería preferible seguir el canon de los LXX, incluyendo —por ejemplo— *4Mac* e indicando los casos en que

¹¹ Por poner un ejemplo sobre el tema de Cristo Médico se trata sucesivamente en la nota 20 de p. 73, en la nota 31 de p. 77, en la nota 26 de p. 83, en la nota 117 de p. 657... A veces los datos y apreciaciones emitidas en las notas no se hallan bien armonizadas; compárese, por ejemplo, sobre el tema eucarístico las notas 35 y 36 de p. 287, 49 y 53 de p. 291, y 9, 11 y 12 de p. 319. Por poner otro ejemplo, la afirmación de que «para Clemente la imitación de Dios es esencialmente intelectual» (nota 13 de p. 505) no se corresponde con la importancia central que nuestro autor atribuye al *ἀγάπη* (cf. notas 139 y 142 de p. 625). Como elemento anecdótico, las notas 49 y 52 de pp. 525 ss. discrepan sobre quién fue el raptor de Helena (Paris).

¹² Todavía en el ámbito de la antropología, hay veces en que no se distingue suficientemente entre los conceptos de *σάρξ* —«carne»— y *σῶμα* —«cuerpo»—, incurriendo en apreciaciones un tanto simplistas (cf. nota 215 y p. 479 y nota 32 de p. 509, con las referencias allí indicadas), o bien se sustituye precipitadamente de perspectiva histórico-salvífica por la individual (cf. nota 86 de p. 117: la perenne juventud del cristianismo interpretada como salud de alma y cuerpo). Algo semejante podría decirse en algunas cuestiones relativas a la compleja escatología clementina (cf. nota 10 de p. 373 y nota 187 de p. 633); sobre este punto, es importante la tesis de K.L. SCHMÖLE, *Läuterung nach dem Tode und pneumatische Auferstehung bei Klemens von Alexandrien* (Münster 1974).

¹³ Indiquemos brevemente algunas: el término *διάκονος* referido a Cristo no parece bíblico (nota 3 de p. 79); el *macarismo* es el estado característico del bienaventurado (nota 19 de p. 255); en Ped II,65,3 Clemente identifica el unguento con Cristo (nota 38 de p. 397); el simbolismo de la hiena no es muy claro (nota 13 de p. 429; cf. Ped II,83,5 y 85,2-87,4); Clemente insinúa que el fin justifica los medios (nota 46 de p. 525); la «hermosa faz de la Iglesia» es Cristo, que es su Cabeza (nota 119 de p. 657).

la numeración es distinta (*v. gr.*, *Sal, Est...*). Este criterio permitiría eliminar, por anacrónico, el apartado de los libros extracanonicos (p. 689), situando el libro de Enoc —citado aquí sin más precisiones— con las demás obras antiguas. En el *índice clementino* no se ve razón para que los títulos de las obras estén en latín¹⁴. En el *índice de autores y obras antiguas* la disposición tipográfica se presta a equívocos (la Didagé parece obra de Demóstenes, la Epístola a Diogneto de Epifanio, etc.) y hay cierta incoherencia en la entrada de las obras pseudoepigráficas¹⁵. Finalmente, en el *índice de autores modernos* las páginas correspondientes a los editores de textos antiguos (Cohn, Vona, Ziegler...) están todas equivocadas, posiblemente por un cambio de última hora en el orden de los índices que no ha sido recogido en la paginación final.

El *índice temático*, que sería de gran utilidad en una obra tan extensa y dispersa, resulta excesivamente breve y lacónico, sobre todo en comparación con otras ediciones (*v. gr.*, BKV, Utet). Los autores han pretendido ofrecer solamente un elenco orientativo de los principales argumentos doctrinales que Clemente expone en su obra (p. 41). Este criterio doctrinal explica que falten en el índice algunos temas recurrentes a lo largo del Pedagogo que tienen menor calado teológico (*v. gr.*, adornos, espectáculos, vestido...). Con todo, dentro del subjetivismo inherente a toda selección, echamos de menos algunos conceptos importantes desde el punto de vista doctrinal (*v. gr.*, Escritura/inspiración bíblica, alimento espiritual, oración...), mientras que parecen innecesarias algunas distinciones un tanto sutiles (p. ej., entre sencillez y simplicidad, o entre pureza y castidad).

Como ya hemos indicado, los pequeños defectos que se pueden achacar a esta monumental obra, en modo alguno empañan el mérito de sus autores o la solidez del conjunto. Por eso, al término de esta nota, no nos queda sino mostrarles una vez más nuestra gratitud y reconocimiento, y animarles a continuar el trabajo emprendido con las restantes obras de Clemente de Alejandría.

¹⁴ Más de un lector agradecería que se tradujeran algunas expresiones latinas (como la larga frase de p. 15; cf., también, p. 639, nota 20) y se evitarán barbarismos innecesarios [*v. gr.*, *nomismata* (= monedas) en p. 34].

¹⁵ *V. gr.*, PS.-BERNABÉ, JUSTINO (PS.), *Acta Thomae...* La nomenclatura de Lampe, que se pretendería seguir (p. 10), es distinta y más coherente.

